



GREGORIO LURI

L'escola contra el món. L'optimisme és possible

La Campana, Barcelona 2008, 248 pp.

S

i se consigue estar sentado en una silla, en silencio y a solas, en una habitación, es que se ha recibido una buena educación.

PASCAL

En los últimos tiempos parece que la crisis de la educación señala como responsable a la LOGSE y a la ideología pedagógica que la sustenta. Algunos incluso, como Ricardo Moreno Castillo, autor del controvertido *Panfleto antipedagógico*, toman la parte por el todo argumentando que si la LOGSE ha fracasado como modelo pedagógico es de suponer que cualquier teoría pedagógica que no utilice otra cosa más que el sentido común tendrá idéntico destino. Es decir, la conclusión, inferida indebidamente desde un punto de vista lógico e histórico, es la refutación o abolición de la pedagogía en cuanto disciplina humanística. El discurso antipedagógico se está instalando rápidamente en distintos sectores de la sociedad civil. Una serie de profesores universitarios han llegado a hablar de la “estafa del enseñar a enseñar” (*El País*, 8-XII-2008). Los pedagogos han respondido, como era de esperar, reivindicando la importancia epistemológica de la disciplina y acusando a los antipedagogos de falta de perspectiva histórica.

La tesis que Gregorio Luri expone en su libro *L'escola contra el món. L'optimisme és possible* se sitúa, si no me equivoco, en unos parámetros distintos a la discusión referida entre pedagogos y antipedagogos pero, al mismo tiempo, contribuye a clarificar la problemática educativa: la pedagogía es, antes que cualquier afirmación o negación epistemológica, una cuestión esencialmente política que refleja el modo en que una sociedad se entiende y valora a sí misma: “perquè els problemes pedagògics són problemes polítics, mai no troben solucions definitives” (p. 26). Hay en las páginas de este ensayo una definición muy bella de la educación: “L'educació és una conquesta segura de les llunyanies”, es decir, un “procés d'ampliació d'horitzons” que nos permite alcanzar una distancia espacial (“ens permet conquerir una perspectiva àmplia sobre la nostra situació al món”) y temporal (“ens posa a l'abast el llegat cultural de les generacions precedents”) sin la que difícilmente podríamos comprendernos.

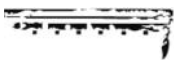
Hallamos ecos hegelianos (explícitos en el libro) y gadameianos en esta idea de la educación. La mirada entrecruzada entre el lector y el texto que articula presente y pasado en la hermenéutica, es en la educación la “fusión de horizontes” que abraza a educandos y educadores en torno a un mismo lugar de encuentro: la tradición y sus modos de transmisión que no son otra cosa que diálogo amoroso. El educador ayuda al educando a arrancar de la escritura su silencio originario, transformando la extrañeza inicial en deseo de comprensión.

La escuela es una institución *mediadora* entre la familia y la sociedad civil, un puente que vincula el pasado y el futuro, un lugar donde el *hijo* aprende a ser *ciudadano*, es decir, asistimos al devenir de una identidad particular en una identidad universal. Es importante subrayar que ese lugar mediador ha de ser irreductible a cualquiera de sus extremos, pues de lo contrario se desvirtuaría su función fronteriza y mediadora:

L'escola, com a institució que construeix ponts entre la família i la societat, nos pot col·locar al lloc dels pares (perquè llavors faria el mateix que ells), ni al lloc de la societat (perquè llavors faria el mateix que ella). El lloc de l'escola és entre els pares i la societat, fent de mitjancera entre tots dos per permetre el pas de la condició de fill a la de ciutadà, es un procés continu d'expansió dels vincles de confiança (p. 180).

La clave del proceso educativo está en su capacidad para establecer vínculos de confianza en la sociedad. Y esos vínculos son los que la postmodernidad y las modernidades líquidas (Zygmunt Bauman) han erosionado y, en ocasiones, destruido. También en la educación. ¿Cómo? Modelándola, según Luri, desde una cultura relativista y escéptica que ha sustituido el conocimiento por la información, la disciplina por la inspiración, la espera y la frustración por la inmediatez y el éxito. Todo ello hace que estemos educando teniendo como referente una moral del consumo (moral *fashion*) y no una moral del trabajo.

Unos segundos de inactividad y silencio pueden hacerse eternos para un alumno en el aula, hasta el punto que puede llegar a quedarse “colgado”, como dice Luri haciendo uso de la metáfora informática. Pero el profesor no puede caer en la tentación de diseñar una clase con un ritmo semejante al de un videoclip con la excusa de mantener la atención de su alumnado. Hay que insistir en la “pedagogía de la pausa”, de la serenidad y el silencio. No tengo tan claro, sin embargo, que la literatura o la filosofía no deba reservarle un espacio de aprendizaje al cine. Pues no todo es acción en el cine y es posible mostrar el valor del silencio apreciando, por ejemplo, el recurso narrativo y expresivo del tiempo muerto.



LIBROS



GREGORIO LURI L'escola contra el món. L'optimisme és possible!

Atrapada en esa modernidad líquida que inyecta el capitalismo sobre cualquier esfera de la vida, la educación enseña a consumir la vida pero no a vivirla. Por eso destierra de ella todo lo que tiene que ver con el esfuerzo y la perseverancia:

Els trets característics de la “modernitat líquida” serien la incertesa, la inseguretat, la precarietat i la vulnerabilitat. Tots quatre apunten cap a una mateixa direcció: la pèrdua d'estabilitat a causa de la desaparició de punts fíxos en el quals disposar la confiança (p. 189).

Como consecuencia de esta lógica de la disolución, también los contenidos educativos pierden consistencia y estabilidad, de manera que se ponen en cuestión al quedar relativizados. Hoy en día la psicología domina sobre la pedagogía, y el maestro, piensa Luri, se reconoce antes como “técnico de la instrucción” que como “artista de la educación”. El peligro estriba en que la “razón terapéutica” acabe reemplazando a la “razón pedagógica”. De este modo parece que los “métodos de enseñanza activa”, centrados en el alumno, tienen más valor en la escuela que los “métodos de enseñanza explícita”, que son aquellos que reclaman la centralidad de la materia. La crítica al desequilibrio creciente entre ambos a favor del primero sitúa a Gregorio Luri en posiciones próximas al discurso anti-pedagógico aunque sin identificarse con el pesimismo que desprende esta teoría. Lo importante es, pues, reestablecer un equilibrio pedagógico para evitar que el *cómo* enseñar acabe difuminando en un espectro de relatividad la importancia de *qué* enseñar. La escuela postmoderna ha olvidado que enseñar es un verbo transitivo, considerando marginal o secundario lo que hay que enseñar y volcando todos sus esfuerzos en fomentar el espíritu crítico y la creatividad.

Por eso Gregorio Luri reivindica el valor de la autoridad en la educación, entendiendo por autoridad no sólo la otorgada y adquirida por el maestro sino, por encima de ello, la autoridad misma del saber a la hora de determinar la importancia de los contenidos de aprendizaje. Insiste Luri que no se trata de una autoridad arbitraria; es, por el contrario, la capacidad que posee el docente “per fer present el coneixement rellevant i facilitar-ne l'assimilació per part de l'alumne”(p. 36). La autoridad del saber ha de servir para refutar el relativismo epistemológico y ético que caracteriza la escuela actual.

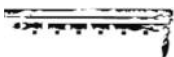
La educación es más amplia que la instrucción: no se trata sólo de transmitir conocimientos sino de determinar qué

contenidos y formas de vida son considerados como valiosos. El maestro no es sólo un “dispositari d'un saber”, ha de aspirar a ser un modelo ejemplar para sus alumnos: “El vocabulari, els gestos, la conducta i els hàbits del mestre, amb les seves filies i les seves fòbies, són també, i de manera inevitable, ingredients educatius” (p. 24).

Tener en cuenta los intereses y motivaciones del alumnado no significa hacer de ellos unos nuevos contenidos educativos que reemplacen a los contenidos tradicionales fijados por la ciencia, la historia o la literatura. Y es que la ética de Homer Simpson parece haberse apoderado de algunos centros educativos y de muchos hogares familiares: “si cuesta mucho hacer algo es que no merece la pena hacerlo”. La impulsividad y la gratificación inmediata del deseo condena el esfuerzo, considerándolo una pasión inútil: “L'escola es deixa seduir fàcilment pels cants de sirena que li prometen un aprenentatge sense esforç” (p. 207). La educación en el esfuerzo debe trabajar tanto la confianza en la posibilidad de lograr los resultados esperados como la posibilidad del fracaso, asumiéndola desde la aceptación serena, sin caer en el desánimo. Creo que este es uno de los aspectos más interesantes del ensayo de Gregorio Luri: la educación y la sociedad se construyen desde el ideal del éxito, hace falta enseñar a fracasar, saber exponerse a la frustración como posible contingencia de la vida. Y, claro está, aprender a levantarse e intentar realizar de nuevo el objetivo propuesto. Como dice Rafael Argullol: “vale la pena batallar, y perder, y volver a batallar, para llegar más lejos en la victoria más hermosa que es la que uno consigue en la carrera que tiene establecida consigo mismo” (“Quien pierde gana”, *El País*, 13/II/2007).

El autor de *L'escola contra el món* realiza un análisis comparativo de algunas de los datos que aparecen en el informe PISA (*Programme for International Student Assessment*) para concluir que no hay recetas milagrosas que puedan resolver, de una vez por todas, todos los problemas educativos. Por ejemplo, Finlandia y el *Land* de Baviera logran unos magníficos resultados, siendo el primero un modelo de renovación pedagógica y el segundo un ejemplo de ortodoxia educativa tradicional, esto es, allí donde uno afirma la prioridad del alumno el otro destaca el contenido y la autoridad por encima de todo. El modelo finlandés, que sale siempre a relucir como modelo a seguir cada vez que aparece un informe educativo, otorga una mayor autonomía a los centros y suprime la inspección educativa, ya que la sociedad otorga una confianza sin reservas a sus educadores. Sin embargo, sus maestros y profesores cobran menos que los docentes españoles. Tampoco la dotación económica ni la *ratio* de alumnos por aula son factores determinantes en la consecución del éxito educativo. Corea que es uno de los países que mejores resultados obtiene en el informe PISA, se gasta aproximadamente 1.000 dólares menos por alumno que España y posee una *ratio* mucho más elevada (31,7 en primaria y 35,8 en secundaria) que nuestro propio sistema (20,7 y 24, 7, respectivamente). Con estos y otros datos analizados, Luri concluye que: “cap ideologia política, psicològica o pedagògica posseeix en exclusiva la clau de l'èxit escolar” (p. 71).

Sostiene Luri que la sociedad, y especialmente los medios de comunicación, tienden a describir de un modo excesivamente pesimista la situación de la educación en España: se sobredimensiona lo negativo mientras que las iniciativas positivas son silenciadas. “Hem obert les portes de bat a bat a qual-sevol crítica, amb una pulsio destructora que no ha anat acompanyada de la corresponent pulsio constructora” (p. 101). Y ello está contribuyendo a generar un clima de malestar educativo creciente que no beneficia a nadie. Claro que existen problemas educativos pero hace falta otra actitud para enfrentarse a la educación, de ahí que resulte esencial reinstaurar la con-



LIBROS



GREGORIO LURI
L'escola contra el món.
L'optimisme és possible

fianza en un doble sentido: en cuanto a la percepción que la sociedad tiene de la educación y en la mentalidad del propio docente (según la OCDE los profesores españoles son los que más desanimados se sienten en Europa).

Porque la confianza, al igual que la autoridad, no se puede legislar, tan sólo se puede adquirir desde el reconocimiento del valor ejemplar. Ni tampoco evaluar. Por eso, discrepo del autor en la valoración positiva que hace de la propuesta italiana de evaluar la conducta. Ante problemas de conducta no creo que haya que emplear criterios académicos, sólo recursos disciplinarios, cuando fracasan las estrategias de mediación en la resolución de conflictos, que garanticen el clima adecuado de convivencia en el centro. A una alumna no se le puede poner un sobresaliente en conducta por una razón muy sencilla: se trata de un simple deber que cabe esperar y exigir de todo el alumnado como condición *sine qua non* para cualquier proceso de aprendizaje y enseñanza.

Para concluir, una breve reflexión sobre el título del libro. No creo que *L'escola contra el món* tenga un significado unívoco y el propio autor reconoce que pretende jugar con la ambigüedad de la preposición “contra”. La polisemia crítica que señala el posicionamiento “contra” un determinado estado de la cuestión educativa hace referencia a multitud de aspectos tratados en el libro: al activismo pedagógico que subordina la autoridad del saber al interés del alumno, la progresiva transformación del alumno en cliente, el triunfo del relativismo y el escepticismo como perspectivas epistemológicas y éticas o la renuncia al esfuerzo y a la excelencia. Pero no reconozco en el libro de Luri una voluntad explícitamente utópica: “Els educadors poden desitjar un món diferent, pero això no rebaixa ni difumina la seva responsabilitat amb el món tal com és” (pp. 153-154).

Creo que esto último es lo decisivo y esencial en su discurso pedagógico: apelar, desde cierto realismo crítico, a la confianza y la responsabilidad docente de enseñar a vivir en el mundo. Los Ulises y Prometeos cargados de utopía pretenden enseñar a salvar el mundo desde la escuela pero al final, dice Luri, acaban salvando su propio ideal y se olvidan de mostrar cómo es el mundo y cómo encontrar un lugar coherente y digno en él. Enseñar no sólo desde la levedad, también desde la pesadez y la carga que supone vivir en un mundo hostil y competitivo. En definitiva, volver a la modernidad pedagógica y alejarse de las fantasías postmodernas. Sin olvidar que la vocación más íntima del docente es enseñar a “conquistar lejanías”, no negando

el aquí y el ahora, pero sí, en mi opinión, trascendiéndolos en un horizonte utópico, sin el cual la mirada se aplana, perdida en un laberinto de facticidades y servidumbres. Para enseñar a mostrar el espesor de posibilidades y contingencias que contiene eso que llamamos “realidad”.

Juan Navarro de San Pío